

PABLO NERUDA

Album Terusa 1923

Textos juveniles inéditos, presentados por

HERNÁN LOYOLA

Presentación

Hace algún tiempo llegó a mis manos, por imprevisible camino, un viejo álbum de versos. Era deficiente su estado de conservación pero su valor era enorme. En sus páginas el adolescente Pablo Neruda había manuscrito, en los primeros meses de 1923 y en la zona de Bajo Imperial —Puerto Saavedra (provincia de Cautín), algunos testimonios de su amor hacia una muchacha a quien años más tarde nombraría *Terusa* (en *Memorial de Isla Negra*, II). Esa misma muchacha estaría vinculada, poco después, a la composición de algunos de los más célebres entre los *Veinte Poemas de Amor* y también de «La Canción Desesperada». De los textos en prosa y en verso que Neruda manuscrió en *Album Terusa 1923*, algunos se incorporaron a sus libros *Crepusculario* y *El Hondero Entusiasta*. Otros fueron olvidados y hasta ahora y han permanecido prácticamente inéditos. Sólo un par de estos textos han aparecido en el diario *El Siglo* de Santiago (edición del 12.7.1967) y en mi libro *Ser y Morir en Pablo Neruda* (Santiago, Editora Santiago, 1967). Ahora rescatamos del olvido, por primera vez, todos esos textos inéditos en conjunto. Son documentos de un notable valor poético y muy interesantes por su frescura y sinceridad: constituyen una prueba adicional del extraordinario talento —por entonces en franco desarrollo— del pálido poeta de 18 años venido desde Temuco.

Una visión sinóptica del *Album Terusa 1923* entrega el siguiente orden de manuscritos:

a) Poemas 1 y 4 de *La Cosecha* de R. Tagore, cuya transcripción de paso certifica documentalmente lo que Neruda ha declarado a propósito de uno de los *Veinte Poemas de Amor*, objeto de discusión: «El Poema 16 fue escrito como una paráfrasis a un poema de *El Jardinero*, del poeta bengalí R. Tagore, dedicado especialmente a una muchacha gran lectora de este poeta» (Neruda, prólogo a *Veinte Poemas*. . . , edición especial, Losada, 1961, Bibl. Contemporánea).

b) Cinco textos en prosa, inéditos y sin títulos (salvo la «Carta») y vinculados a Puerto Saavedra: [«Aquel Bote Salvavidas»], [«Pudo Esta Página. . .«],

[»Carta a un Desconocido«], [»Hoy al Atardecer«] y [»Paolo y Teresa«]. Ver *textos 1 a 5* en esta compilación.

c) Transcripción de un »Fragmento de Amiel leído el 22 de febrero de 1923«. Reproducido en: H. Loyola, *Ser y Morir en Pablo Neruda*, pp. 67-68.

d) Poema inédito: [»Ella Fue Tierra de Camino«]. Ver: *texto 6*.

e) Texto, sin título, del poema »Mancha en Tierras de Color«, incorporado después a *Crepusculario*. Leves variantes. Fechado »Febrero 9 ó 10 [1923]«.

f) Texto, con título, del poema »Playa del Sur« incorporado después a *Crepusculario*. Sin variantes. Fechado en »Imperial Bajo —segundo mes de 1923«.

g) Dos poemas inéditos: uno inconcluso y sin título en el manuscrito: [»La Historia del Príncipe Loco«], y el otro con título: »Puerto Fluvial«. Ver: *textos 7 y 8*.

h) Grupo de cinco poemas cuyos primeros versos son: »Déjame sueltas las manos«, »Es cierto, amada mía, hermana mía, es cierto!«, »Canción del macho y de la hembra!«, »Cuando recuerdo que tienes que morirte« y »Amiga, no te mueras!«. Se trata de una importante versión manuscrita, probablemente la versión primera y original, de algunos poemas que diez años más tarde serían compilados para integrar el libro *El Hondero Entusiasta*. Los tres primeros textos corresponden, salvadas algunas variantes menores, a los poemas 6, 12 y 9 de dicho libro. El cuarto texto (»Cuando recuerdo que tienes que morirte«) pertenece sin duda alguna a la misma serie pero no fue recogido en el libro. Permaneció absolutamente inédito hasta la presente reproducción, tal vez la más importante entre las que ofrecemos. En su prólogo a la primera edición de *El Hondero Entusiasta* (enero 1933), Neruda escribió: »El libro original contenía un número mucho mayor de composiciones que, si faltan en este cuaderno, es porque se extraviaron para siempre«. He aquí uno de esos poemas extraviados (ver: *texto 9*). El quinto texto (»Amiga, no te mueras!«) es una versión embrionaria del poema 5 del *Hondero*, y por esta razón estimé de interés reproducirlo aquí. Ver: *texto 10*.

i) Hacia el final del *Album*, donde ya no hay más textos manuscritos por Neruda, alguien —seguramente la propia Teresa— copió sin orden una serie de cartas y mensajes que el poeta envió a la muchacha a lo largo de varios años. Transcribo aquí (ver *texto 11*) algunas de tales cartas en un orden cronológico razonablemente aproximado (que sería largo fundamentar aquí y ahora), centrándome en el período 1922-1924, esto es, en la órbita de los *Veinte Poemas de Amor*. Esas cartas reflejan una historia sentimental, sus alternativas y el derrumbe final. Teresa —ha recordado el poeta— era alegre y luminosa. En 1920 fue Reina de las fiestas primaverales en Temuco, y Neruda la llamaba Muñeca, Pequeña y también Andaluza, con alusión a aquellas fiestas en que la conoció y en que escri-

bió para ella versos encendidos, que resultaron muy eficaces como armas de conquista.

El breve *texto 5*, que he denominado [»Paolo y Teresa«], entrega una importante pista acerca del origen del seudónimo *Pablo*. El joven Neftalí Reyes conoció a Terusa —como quedó señalado— en la primavera de 1920, la misma primavera en que comenzó a usar el entonces seudónimo Pablo Neruda (octubre 1920). Cabe suponer que en el poema »Ivresse«, de *Crepusculario*, son también Neftalí y Terusa quienes esconden su pasión adolescente tras las máscaras literarias de Paolo y Francesca.

1 [AQUEL BOTE SALVAVIDAS]

Aquel bote, salvavidas de un barco mercante que conducía harinas de Valdivia al norte, naufragó quién sabe dónde. Las olas lo botaron a esta costa y ahora reposa en el huerto de mi casa, como un animal dulce y familiar.

Como esos recuerdos que a pesar del tiempo sostienen aún su huella inexpressable en los recodos del corazón, él conserva todavía algas diminutas y marinas, líquenes del agua profunda, esa flora verde y minúscula que decora las raíces de los barcos. Y yo creo ver aún la huella desesperada de los naufragos, de los que en la final angustia se agarraron a esta armazón marinera mientras la tempestad los perseguía inmensamente.

Cuando el sol no se ha escondido aún, trepo a este bote naufrago, abandonado entre las hierbas del huerto. Siempre llevo un libro, que nunca alcanzo a abrir. Extiendo mi capa en la bancada y, extendido sobre ella, miro al cielo infinitamente azul.

Viejos recuerdos, sumergidos en el agua del tiempo, me asaltan. Siempre, en sitios de soledad, me acechan estos indefinibles salteadores. Siempre, en sitios de soledad, siento extranjera mi alma. Ruidos inesperados, murmullos de voces desconocidas, cantos avasallados y nuevos cantos vencedores, una música extraña e incontenible se quiebra sobre mi corazón como el viento sobre una selva.

Mujer, en esos momentos te amo sin amarte. En ti no pienso porque en nadie se detiene mi pensamiento. Como un pájaro ebrio, como una flecha perdida, atraviesa sin destino hasta perderse en la obscura lejanía.

Yo mismo no me recuerdo: ¿cómo pudiera recordarte?

Pero tu amor descansa más adentro y más allá de mí mismo. Vaso maravillado que trajo hasta mis labios el vino más dulce, vaso de amor. No necesito recordarte. Como una letra grabada profundamente, bástame hacer volar el polvo impalpable para verte. No pienso en ti, pero, abandonado a todas las fuerzas de mi cora-

zón, a ti también me abandono y me entrego, oh amor que sostienes mis tumultuosos ensueños, como la tierra del fondo del mar sostiene las desamparadas corrientes y las mareas incontenibles.

2 [PUDO ESTA PAGINA...]

Pudo esta página quedar sin escribir, como muchas de este cuaderno tuyo quedarán. ¿Por qué la escribo? Nada sabría decir de mí ni de nadie. Es la hora de siempre. Mi alma, una raya derecha e infinita, sin comienzo y sin fin.

El deseo sube como una ola sobre el horizonte de nuestra vida. Y muere como una ola. Ese es el drama. El corazón hecho una planicie gris y desolada donde se van borrando las huellas más profundas, el corazón donde ya no cabe nadie porque quiso contenerlos a todos. No alcanzar, no encontrar, no saciar el ansia innumerable: ¿es ésta pues la fuente de la felicidad?

Que no haya, entonces, que no haya nunca una corola para mi corazón de abeja, que no haya nunca un nido para mi corazón de pájaro viajero, y que nunca encuentre la flauta que necesita mi boca de pastor.

3 CARTA A UN DESCONOCIDO

20 de febrero — [1923]

Sr. L. Vinci, La Serena.— Señor: Más allá de sus palabras, y en las partes que usted tal vez menos imagine, creo encontrarlo a usted. Se la agradezco, toda ella, como una mano tendida hacia mí. No es la hora de que me apoye en ella, tal vez las manos mías son capaces de socorrer las ajenas, pero, como cualquier momento, pasa el de la alegría y llega el de la soledad. Para entonces busquémonos. Búsqueme. Yo tengo el corazón abierto para todos. Y no se desencante luego. Soy pobre de monedas y de palabras, pero desprecio igualmente las palabras y las monedas. Ellas, lejos de nosotros se entregan y nos venden, o venden una mezquina imagen nuestra. Ahora mismo me están vendiendo. Porque nada deseo decir a usted, y si usted estuviera conmigo, se habría sentado en ese sillón de mimbre y habríamos escuchado en silencio la rodante voz del mar, precipitándose sin agotarse en el atardecer del puerto.

4 [HOY AL ATARDECER]

10 de febrero — [1923]

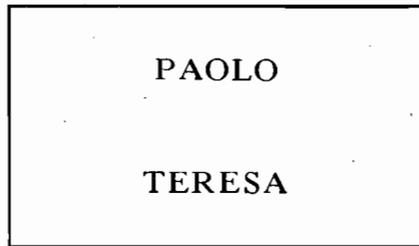
Hoy al atardecer, con la marea alta que llenaba el río con su ola invasora y lenta, he remado hasta cansarme. A ratos me tendía en la bancada del bote y fumaba, de cara al cielo inmenso. ¡Oh qué vastos, qué vastamente vastos estos cielos de los puertos! La mirada se embriaga de mirar la altura y hay que bajar los ojos a las costas, cansados como las palomas de volar sobre el horizonte ilimitado.

Luego, el mar. El mar este, es estruendoso y magnífico. En la playa se rompe, se quiebra, se levanta, se extiende al fin con las últimas olas que lamen las arenas luminosas. Pero adentro, en la lejanía, es puro y sereno, y se redondea como el vientre de las madres.

Hoy hacía un crepúsculo, como esos que los japoneses pintan en las tazas de té o en los biombos. Era un sol redondo, redondo y rojo como una cereza muy redonda, o más bien como una naranja de púrpura o de oro. Amarillo, violeta, azul, ¡qué maravillosos colores desplegaba en las olas! Sobre todo en las moribundas, en las que besaban mis pies extranjeros, como esclavas portadoras de los mejores frutos de su país de agua, de fuego y de oro.

5 [PAOLO Y TERESA]

Y al irme, he dejado escrito tu nombre, y mi nombre, en la arena mojada. Era un letrero grande, ancho, así:



Pero era más bonito que éste.

6 [ELLA FUE TIERRA DE CAMINO]

*Ella fue tierra de camino,
por ella cruzó mi destino
y me alumbió como una estrella:
racha de amor que me la trajo,
arráncamela de los brazos
que ya no puedo estar con ella!*

*En la hora del beso fuimos
cada uno boca y racimo,
racimo y boca, cada uno,
y amor como el que me entregó
y dolor como el que me dio
nunca pudo probar ninguno.*

*Dios le dirá cuánto la quise.
 Dios le dirá los días grises
 que habrá sin ella en mi sendero.
 Ahora, en el primer recodo,
 con ella lo abandono todo:
 Dios le dirá cuánto la quiero!*

7 [LA HISTORIA DEL PRÍNCIPE LOCO]

(poema inconcluso)

*El mar, a lo lejos, rompe
 su grito oscuro y pavoroso.
 —Madre, cuéntame la historia
 del Príncipe que estaba loco.*

*—Mi niño, a ti se parecía
 en lo pálido y en lo triste:
 todo lo amaba y parecía
 que odiaba todo lo que existe.*

*De querer sin que lo quisieran
 estaba el Príncipe loco:
 andaba solo en las mañanas
 y por las tardes vagaba solo.*

*De esperar sin que lo esperaran
 estaba el Príncipe loco:
 más allá de la tierra vasta,
 más allá miraban sus ojos:
 envuelto en su capa oscura
 era más pálido su rostro
 cuando en las tardes lo besaba
 el sol como un perro de oro.*

*De llorar sin que lo lloraran
 estaba el Príncipe loco:
 nadie [...]*

[aquí se interrumpe el manuscrito]

8 PUERTO FLUVIAL

*A veces, cuando el remo cae,
me salpica de agua los ojos:
voy tendido, de cara al cielo,
ebrio de un goce silencioso.*

*Me entrego al cielo que me cubre
y me abandono a la corriente.
Oh la alegría de entregarse,
entregarse, entregarse siempre!*

*Adónde voy? De dónde vengo
y quién me espera? Qué me importa!
Mi vida vale mucho menos
que el ala gris de una gaviota!*

*Mi vida flota sobre el agua
y la canoa sacudida
lleva —a la tierra donde vaya—
toda mi vida!*

9 [CUANDO RECUERDO QUE TIENES QUE MORIRTE]

*Cuando recuerdo que tienes que morirte
me dan deseos de no irme nunca,
de quedarme siempre!
Por qué vas a morirte? Cómo vas a morirte?
Te cerrarán los ojos, te juntarán las manos
como se las juntaron a mi madre al morirse,
y será el viaje, el hondo viaje que no conoces
y que yo no conozco porque tú me quisiste.*

*No te llevaré yo de la mano
y no descansarás en mis palabras tristes:
irás
como viniste,
sola, sin este cuerpo que arrullaron mis besos
y que se tragará la tierra en que dormiste.*

*Déjame poseerte para que en mí perdures!
Deja que te cimbre el viento del corazón
y como una corola vacía en mí tu perfume!*

*Bésame hasta el corazón.
Encuéntrame ahora para que después no me busques.
Entiértrate en los surcos que me van enterrando
y entrégate en mis frutos más altos y más dulces
Que tus ojos se acaben de mirarse en los míos.
De llegar a mis labios que tus senos maduren.
Despréndete de mis canciones
como la lluvia de las nubes.
Sumérgete en las olas que de mí van naciendo.
Quémate para que me alumbres.*

10 [AMIGA, NO TE MUERAS!]

*Amiga, no te mueras!
Escúchame estos gritos que me salen ardiendo
y que nadie diría si yo no los dijera.*

Amiga, no te mueras!

*Yo soy el que te llama en la estrellada noche,
ebrio de amor, perdido de amor y de belleza.
Sobre las hierbas verdes, cuando el viento solloza
y abre las alas ebrias.
Yo soy el que te acecha en la estrellada noche
cuando danza la ronda de las sombras inmensas.
Bajo el cielo del Sur, el que te nombra cuando
el aire de la tarde como una boca besa.*

[aquí se interrumpe el manuscrito]

11 [CARTAS DE PABLO A TERUSA]

[Santiago, 1922.]

¿Recuerdas —allá— las tardes en los biógrafos cuando nos mirábamos largamente? Todavía no nos hablábamos, pero ya tú me hacías feliz. Me parecía que se juntaban mi alma y la tuya y me llenaba de una alegría inmensa, tan grande, tan grande. —Pablo.

[Santiago, 1922.]

Otoño, y tú siempre eres bella y alegre como aquella Primavera en que aprendí a quererte. —*Pablo*.

[Santiago, 1923.]

Y yo, tú lo sabes, caigo de repente en ataques de soledad, de cansancio, de tristeza, que no me dejan hacer nada y que me ponen amarga la vida. ¡Para qué escribirte durante esos momentos! Y entonces, en esas horas que me cogen de improviso, ¡qué dulce, qué hermoso es recibir cartas lejanas, de la mujer amada, de ti, y volver a querer la vida y volver a alegrarse! —*Pablo*.

[Santiago, 1923.]

Ha llovido ayer, también hoy. Me he llenado de nostalgia. ¡Ah, mi vida lejana! Todo lo tengo lejos, mi infancia, mis pensamientos, después tú, y las lluvias eternas cayendo sobre el techo, todo ese mundo definitivamente abandonado me ha llenado la cabeza de viejas meditaciones y viejos recuerdos. Amame, Pequeña. —*Pablo*.

[Santiago, 1923.]

Ya terminó la nieve. Te he hablado, Reina, de las estrellas y de la nieve. ¿De qué más quiere S. M. que le hable este poeta? Te puedo hablar de muchas cosas. Mi reino es más grande que el tuyo. Tú eres reina de la Primavera mientras que yo soy rey del Otoño y del Invierno. Por eso estoy a veces triste, triste como tarde de crudo invierno. —*Pablo*.

[Santiago, 1923.]

Aquí te mando una vista mía y de mi cuarto. Ese es mi rincón preferido. ¡Cuántas horas pasadas en ese pedazo de tierra que puedes mirar ahora! Tengo otras. Te... las quieres? —*Pablo*.

[Santiago, 1923.]

¿Te fijas en la belleza de estos comienzos de Otoño? Las tardes a veces son maravillosas. Por los parques, ¡qué de hojas caídas tan amarillas y tan muertas! Las noches son clarísimas y empiezan a ser frías. Me acuesto cada vez más tarde y cuando llego escribo cartas, a veces con la ventana abierta. A veces, por momentos, mi vida no la cambiaría por la del príncipe más alto. —*Pablo*.

[Santiago, 1923.]

Es de noche y acabo de llegar. ¡Cuánto diera por estar contigo en esta noche de estrellas! ¿Qué estás haciendo? Yo trabajo. Te envió un retrato muy malo. ¿Lo quieres? Está deformado. ¿Me escribirás? ¿Me querrás? Hasta mañana. Un beso. Dos. Tres. Cuatro. Otro más. —*Pablo*.

[Santiago, 1924.]

En este último tiempo me he dedicado a hacer estos graciosos »monos«. Son mis mejores amigos. Este que va sobre estas líneas [*una figurita de un hombre corriendo, dibujada con unos cuantos »palotes« o trazos delgados*] se puede llamar Pepe. Es el más corredor de todos, por eso es el más flaco. Le he encargado una cantidad de besos para ti. También te lo doy como esclavo. Puedes mandarle lo que quieras. Sabe mucho de amor y es —como podría pensarse— un eximio bailarín. Pepe puede reemplazar con corrección, en el Domingo del International Tennis Club, a algún jovenzuelo que quisiera abrazarte bajo pretexto de bailar shimmy. —*Pablo*.

[Santiago, 1924.]

Te confieso mi desencanto de todo, cuando tú tienes derecho —¿tendrás?— a ser mi encanto único. Te hablo con tristeza de mi falta de fe en todas las cosas, de mi soledad y de mi necesidad de que me comprendan, cuando tú, simpática Pequeña, pudieras ser mi fe, mi compañía y mi esperanza. Y esto, dímelo, ¿no te causa dolor alguno? Dímelo, ¿nunca has pensado en estas cosas que me golpean a martillazos en el corazón? ¿Nunca has abandonado tu cabeza de señorita para dolerte un poco del abandono de este niño que te ama? —*Pablo*.

[Santiago, 1924.]

Sin duda alguna no te acuerdas de mí. Yo en cambio he escrito estos versos llenos de tu recuerdo, de tu recuerdo que es lo único hermoso que tienen. —*Pablo*.

[Santiago, 1924.]

Y tan lejos que estamos —¿verdad, Terusa? Nos alejamos, ¿verdad? ¿O me parece a mí, no más? —*Pablo*.

[Santiago, 1924.]

La vida tuya, Dios, si existe, querrá hacerla buena y dulce como yo la soñé. ¿La mía? ¡Qué importa! Me perderé por un camino, uno de los tantos que hay en el mundo. No será tu senda la mía, no concluirás cuando yo concluya, y mis escasas alegrías no llegarán a iluminarte, ¡pero cuánto te he amado! Terusa ¿y por qué este amor grande no ha de poder llenar el vacío de esta separación?

No, ya no puedo escribirte. Tengo una pena que me aprieta la garganta o el corazón. Mi Andaluza ¿todo se terminó? Di que no, que no, que no. —*Pablo*.